

NOTAS HISTORICAS

La capilla del Santo Cáliz de la catedral de Valencia

por

Santiago Giner

EL OBISPO VIDAL DE BLANES



ño 1356. Las campanas llenan de ambiente lúgubre los aires. Valencia llora la muerte de su padre y pastor: Hugo de Fenollet. Los capitulares, dejando sus sedas vistosas, se dirigen enlutados a la catedral a proceder a la elección de nuevo prelado. Y en sesión extraordinaria, el 10 de las calendas de agosto —23 de julio—, eligen al abad de San Félix de Girona, Vidal de Blanes (1). Mas pronto suenan voces llegadas de Aviñón anunciando que Su Santidad Inocencio VI no acepta el derecho de los capitulares para elegir. Cabildo y prelado se alarman. Por ello, sin pérdida de tiempo, se traslada Vidal de Blanes a la residencia pontificia. Poco después de su vuelta a Valencia llegaba a esta ciudad la Bula Plúmbea del Papa, que anunciaba, con fecha 5 de diciembre, la elección de Vidal de Blanes como obispo, aunque anulando la hecha por el cabildo (2). La angustia del pueblo bueno y cristiano se transformó en alegría bulliciosa y callejera.

El nuevo prelado pertenecía a una de las familias más nobles de Valencia. Era hijo del barón de San Jorge de las Escalas y del Bisbal, como narra detalladamente Escolano (3), cuyo árbol genealógico nos presenta Martín Viciano en su libro *Crónica de Valencia*, que reproducimos en la lámina adjunta, además de dar su texto en la nota siguiente (4).

(1) VILLANUEVA, JOAQUÍN: *Viaje literario a las iglesias de España*.

(2) Pergaminos del archivo de la catedral, núms. 491 y 501, anunciando la elección de Vidal de Blanes como obispo de Valencia al clero y pueblo. Pergamino núm. 559, anulando la elección hecha por el cabildo de Valencia.

(3) ESCOLANO, GASPAS, y PERALES, JUAN: «*Décadas de la Historia de Valencia*», t. II, páginas 469-470.

(4) «De Genez de la Galera procedió Ramón, y de Ramón Vidal, que casó con hija de Vilademay, de quien nascieron Ramón y Vidal. Y por fallecimiento de su muger casó

EL NACER DEL AULA

Fué una tarde primaveral cuando en la mente del obispo Blanes se forjó la idea. Le golpeaba en sus sienes el deseo de ciencia y saber para sus hijos. Y pensó que nunca la alcanzarían sin un lugar que, cual nuevo cenáculo, los reuniese para darles el soplo del saber. Y su genio de artista, avanzada del Renacimiento, concibió lo que aun hoy es cenáculo en donde se reúnen las generaciones cristianas para adorar con fe y amor: ese Cáliz, en el que un día los discípulos de Cristo bebieron la Sangre del que borra los pecados del mundo.

¡Lástima que el tiempo haya hecho desaparecer la fijación exacta de la época en que comenzó esta obra y el nombre del que la construyó! Sanchis Sivera la coloca entre los años 1356 a 1369, dándole, por tanto, un margen de trece años (1). Mas puede afirmarse, sin temor a equivocación, que la colosal fábrica del aula capitular tuvo sus comienzos a principios del año 1357, dándose remate a tal obra a mediados del 1358. Permítasenos esta afirmación que, confirmada por Pahoner (2), está basada en un documento encontrado en el Archivo municipal (3), según el cual, terminada ya el aula capitular, el consejo entregó al cabildo el terreno necesario para agrandar la sacristía de dicha aula. Fué la última ampliación que esta joya ojival tuvo y que terminó a mediados del año 1358.

En cuanto al nombre de su autor, muchos son los que anacrónicamente se atreven a citar a Pedro Compte (4), sin advertir que tal afirmación la lanzan gratuitamente, sin mostrar documento alguno que lo acredite. Igual sucede

con hija de Ramón de Vaya la qual aborresció sus antenados a los quales su aguelo Villademay rescibio y heredó, dando a Ramón el estado de Santa Coloma de Lernes y a Vidal el estado de las Escalas, la Bisbal y varonia de Sant Jorge. De Vidal huuo otro Vidal de quien fueron hijos el obispo de Girona y otro abad de Sant Feliu de Girona y otro obispo de Barcelona el qual falleció año MCCCXX y otro abbad de Sanctas Cruces. Despues hallamos a Vidal de Blanes obispo de Valencia sepultado en el Capitulo de la Iglesia Mayor de Valencia

..... Son cavalleros que proceden de la casa de Saboya. Trahen por armas en campo de gules una cruz de plata como la casa de Saboya.

»Escudo de la casa de Saboya.—"De la familia de Blanes. Del libro segundo de la chronica de la inclica y coronada ciudad de Valencia y su reino, copilada por Martín de Viciana. Año de MDLIII."»

(1) *La Catedral de Valencia*, pág. 243.

(2) En su obra *Recopilaciones especies sueltas perdidas*, inédita.

(3) Consejo celebrado en 18 de abril de 1358 (*Manual de Consells*, núm. 12, fol. 64).

(4) Así lo hacen Ponz, ANTONIO, en su obra *Viaje a España*. y una obra innominada encontrada en la Biblioteca del Colegio de la Presentación, H-5, núm. 1.147, con el título: «Papeles varios».

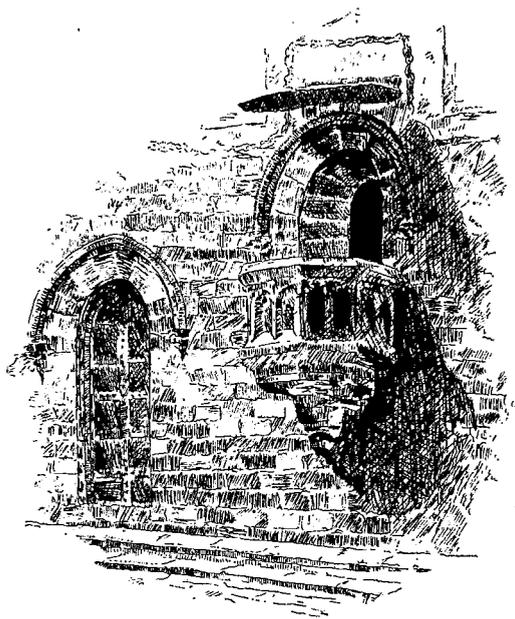
a los investigadores que citan como autor al arquitecto valenciano Andrés Juliá (1). En esta clase de estudios muchas veces la cabeza arrogante ha de inclinarse humilde ante la impotencia, para no caer en la inexactitud y aun en la falsedad. Y esto es lo que en esta ocasión nos corresponde hacer.

CÁTEDRA DE TEOLOGÍA

Cuando por primera vez entró el nuevo obispo en su catedral lo hizo por la puerta de Lérida (puerta del Palau). A su izquierda, una plazoleta había quedado desierta, agrupándose toda la gente que la ocupaba a la puerta de la catedral para ver de cerca a su obispo. Sólo se veían unos pocos vendedores de aves afrentados o más bien aturridos. Era la plaza de *les gallines*. Un año después aquella plazoleta le serviría al obispo para construir la cátedra de Teología, allí junto a la catedral, en espera del día de su fusión con ella...

Y allí fueron a leer teología durante sesenta y siete años sabios dominicos en la ciencia escolástica (2). Las palabras de fray Guillermo Anglés rasgaron la virginidad de un ambiente que nunca oyó la ciencia divina. La

luz que entraba a raudales en el aula, aureolaba el hábito blanco del fraile. Y hasta 1368 su palabra cayó cotidianamente sobre el auditorio desde aquel púlpito que hoy contemplamos con admiración. Le sucedió fray Juan Matheu hasta 1380. Y a éste, fray Juan Monzón, hasta que un día... Era el 20 de mayo de 1385. El buen religioso recibió un mensaje de Dijón. Allí el capítulo general de la Orden había decretado fuese fray Juan Monzón lector de las Sentencias en los Estudios generales de París. El día siguiente daba su adiós a Valencia y con su cabalgadura se encaminaba, humilde, adonde la obediencia había



Púlpito de la capilla del Santo Cáliz

(1) SANCHIS SIVERA, JOSÉ: *La Catedral de Valencia*.

(2) VILLANUEVA, JOAQUÍN: *Ob. cit.*

decretado. Y esto, que pareció contrariedad para el cabildo, fué el medio de que se valió la Providencia para que las palabras de un gran santo se dejaran oír en aquella cátedra de Teología: «Y el obispo y el cabildo de Valencia pidieron que fuera nombrado en lugar de fray Juan, fray Vicente Ferrer, a lo cual accedieron, gustosos, los superiores, entrando a desempeñar su cargo el 9 de diciembre de 1385.» (1)

Y CONTUVO HUESOS

Volvamos al fundador de la que es hoy capilla del Santo Cáliz. Aun no habían terminado las obras en aquella magnífica aula gótica, cuando llamó en concilio a todos los canónigos el día 7 de abril de 1358 (2). Su corazón paternal, que ocho años más tarde ablandaría a fuerza de súplicas la dureza del rey Pedro IV, logrando el indulto de los moros de Garif por las guerras de Castilla, ha visto el abandono con que tratan los cadáveres de sus prebendados (3). Y por ello les da a conocer que aquel edificio que va a terminar servirá también para que los cuerpos de obispos y canónigos de su iglesia catedral descansen en ella en espera de la Resurrección.

Pasaron nueve años, en los que vertió la savia de su vida por el bien de su diócesis. Mas ya se sentía desfallecer. El 29 de abril de 1367 llamó a Bartolomé Mulnar, ante el que hizo su testamento. Quería que su cuerpo reposase en el aula que con tanto cariño construyó. E instituyó un beneficio con la invocación de San Félix, mártir de Gerona, vinculado en el aula capitular (4). Dos años después, el 8 de febrero de 1369, recibía el viático por última vez. En la madrugada del día siguiente el aleteo de la muerte se enseñoreó del palacio episcopal. El prelado de Valencia había dejado de existir. Y otra vez las campanas, con sus toques de funeral, llenaron la diócesis de ambiente de tristeza.

Pocas semanas después el aula capitular mostraba un nuevo aditamento. Era el sepulcro del obispo Vidal. Hasta entonces el aula capitular tenía un altar, un púlpito, unos bancos de piedra, capaces de contener cómodamente a cuatrocientos estudiantes, y allá arriba una bóveda estrellada que parecía cubrir e iluminar a los que con afán de ciencia bajo ella se encontraban. Ahora, junto al altar, un mausoleo. Sobre él, la estatua yacente del obispo Vidal. Ninguna inscripción se leía; mas todo ello, adosado a la pared del aula, al

(1) FAGES, H.: *Historia de San Vicente Ferrer*, traducción de A. Polo de Bernabé, página 56, Valencia, 1903-1904.

(2) OLMOS CANALDA, ELÍAS: *Biografía de prelados valentinos*, obra inédita.

(3) Pergamino núm. 4.047, en 6 de abril de 1366, o indulto de moros.

(4) Pergamino núm. 4.049.

lado de la capilla de San Jerónimo, sostenido por tres leones, ostentaba diez escudos de sus armas (cruz de plata en campo de gules), uno bajo cada león, tres al frente del sepulcro y dos a cada lado (1). Hoy todo ha desaparecido.

Y sirvió aquella sala como digna sepultura para enterrar canónigos durante doscientos años, «hasta que el cabildo, en el año 1563, labró el vaso que oy tiene dentro del coro» (2).

MENOS LUZ Y MÁS ESPLENDOR

El 4 de noviembre de 1376 entró fray Juan Matheu al aula capitular para reanudar sus clases. Había meditado detenidamente sobre la muerte el día anterior, aprovechando la festividad. Y le pareció la sala más recoleta, en magnífica armonía con su alma. Era que la luz ya no saltaba, juguetona, desde las ventanas ante la precisión de filtrarse por las tres magníficas vidrieras policromas que acababan de ser puestas, obra de Enrique Etancop (3). La sala pareció pasar de la juventud bulliciosa a la edad madura y severa. Y entonces celebraron en ella Cortes los reyes y caballeros (4), se procedió los Jueves Santos a la ceremonia y Mandato del Lavatorio de pies (en memoria de las escenas sublimes del Cenáculo) y los cabildos pascuales continuaron sus reuniones en aquella su, por antonomasia, aula capitular.

SIGLO XV.—CONSTRÚYESE LA PORTADA

Avanza el siglo xv, período agónico de la Edad Media. La cátedra de Teología permanecía tan sólo unida a la iglesia catedral por yuxtaposición. Pero el abrazo total, con la fusión perfecta, no tardaría en llegar.

El año 1424 empezábase a trabajar en la obra de la portada actual, del más genuino sabor gótico (5). Fué la obra del cantero Pedro Balaguer, ayudado de tres picapedreros. Algunos años después, en 1481, el maestro en carpintería Luis Amorós tallaba y construía las magníficas puertas, ante las cuales, aun

(1) OLMOS CANALDA, ELÍAS: Ob. cit.; BALLESTER Y ESQUERDO y MANUEL ASSAS, en su artículo «Urnas sepulcrales del siglo xiv procedentes de Valencia».

(2) Obra inédita de PAHONER, en el archivo de la catedral, copiada por D. J. OSSET.

(3) *Llibre de Obres* del año 1401. En el folio núm. 3.649, del año 1376, dice así: «El 17 de Mayo se compromete Enrique Etancop hasta Todos los Santos a hacer tres vidrieras domo capituli dicti ecclesiae et cum illis figuris.»

(4) Así lo manifiesta el Archivo Municipal de Valencia: «Lo spectable Loctinent general constituyt personalment en la dita seu dins la casa capitular daquella, sehent en una comuna cadira posada sobre un sitial ab tres grahons fet, e constituyt en lo mig de la dita casa, e representat la preffata Royal Magestat en la cual casa e loch ja ajustats esen, e conmenats...» (Procesos, letra Y. Proceso de las Cortes de 1463. Acta del 7 de marzo.)

(5) *Llibre de Obres*, año 1424, fols. 21 y 22.

en la actualidad, nos podemos detener para admirar su belleza (1). El año 1488 el ajustador Asensi colocaba en el vano de entrada al aula capitular las puertas del artífice Amorós.

PRIMERA ORNAMENTACIÓN PICTÓRICA

Llegó a la ciudad de Valencia el pintor florentino Nicolás el año 1469. Y se presentó al cabildo, ofreciéndole sus habilidades pictóricas para decorar la capilla mayor. En las deliberaciones del capítulo celebrado el 25 de septiembre de 1469 encontramos el acuerdo por el que dicho italiano había de probar su arte pintando un fresco en el aula capitular. Es la primera pintura que cronológicamente encontraremos en este sitio. Mas nos consta que no empezó en seguida, ya que en el año 1472 el albañil Francisco Baldomar repicaba la pared del capítulo para acoger en ella la pintura del florentino Nicolás. Y lo que el cabildo quiso fuera muestra y ensayo quedó como monumento pictórico que el pueblo amaba y conocía con el nombre de *Historia dels tres reys*. La acción socavadora de los siglos no nos permite ver ni la excelencia del dibujo ni el colorido de la obra.

Poco después, a dos pintores, Francisco Pagano y Pablo de Areggio, se les probaba también su arte mandándoles pintaran en la referida sala, al fresco, la escena de la «Adoración de los pastores» (2), del que el tiempo sólo nos ofrece en este siglo el recuerdo confuso de lo que fué.

EL CINCEL DEL AUTOR DE LA LONJA

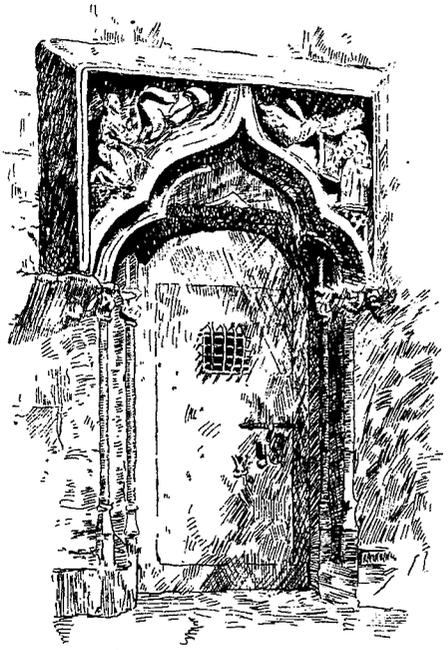
El clarín del Renacimiento habíase dejado oír en la ciudad de Valencia, y el cabildo no podía sustraerse del ambiente que le rodeaba. Mas imposible le era imaginar, en los albores del renacer clásico, que las formas arquitectónicas paganas sirviesen para elevar las mentes de los fieles a Dios. Por ello continúa con su estilo gótico para construir un digno pasadizo que condujese al aula capitular. El 8 de septiembre de 1494 empezábanse las obras por los maestros Pedro Compte y Asensio de Fos. Estas consistían en la ornamentación de la bóveda del corredor y en la construcción de dos capillas laterales. Pedro Compte, el autor de la muy afamada Lonja valentina, no desdeñó hacer un trabajo tan humilde, y en él puso todos sus esfuerzos, logrando dos años después terminarlo por completo. Quedaron, pues, dos capillas laterales y el corredor, todo ello ornamentado y pintado, ya que el 4 de julio de 1496

(1) *Llibre de Obres*, año 1481, fols. 23, 25 y 26.

(2) FERRÁN SALVADOR, VICENTE: «Pablo de San Leocadio y la pintura valenciana en los siglos xv y xvi», en SAITABI, núm. 22, Valencia, 1946.

el maestro Vicente doraba y pintaba la clave de la cubierta de la entrada (1). Las capillas recibieron los nombres de San Pedro Mártir, la más exterior al aula capitular, y del Crucifijo la otra, en la que se veneró durante un espacio de tiempo el *Cristo del Bon Socós*, atribuído, según unos, a Alonso Cano, y según otros, a Juan Muñoz, artista valenciano formado en Madrid bajo la dirección del maestro Gregorio Hernández (2).

A principios del año 1497, la puerta de lo que fué sacristía y capilla del aula capitular sufría un cambio. El maestro Casel la ornamentaba según el estilo ojival, cincelando sobre ella el relieve de la Anunciación de Nuestra Señora y enmarcándola con un gótico alfiz. Era la puerta que daba entrada al lugar de sesiones capitulares. Hoy sólo sirve como almacén para guardar objetos.



Puerta interior del aula capitular

SIGLO XVI.-INFLUJO DEL RENACIMIENTO

Desparramada por el orbe la sensualidad y paganismo de las formas clásicas, llega el Renacimiento a Valencia, a la tierra de la luz y del sol, y ella recibe a sus portadores con sonrisa de doncella prudente y precavida. Y un hijo suyo, Juan Vicente Macip, el que quedará inmortal en la historia del arte con el nombre de *Juan de Juanes*, empapa su espíritu del Renacimiento de un Pablo de San Leocadio, para después concebir un arte propio, en el que reúne con maestría

la tradición medieval, cargada de historia, con el renacer de lo clásico, vinculado todo por el lazo sutil del anhelo constante de religión y moral cristiana.

Y vivió y murió entonces en nuestra diócesis el santo arzobispo Tomás de Villanueva. Y el cabildo quiso perpetuar su memoria, pintando sobre guadamecil su rostro el año 1556. Juan de Juanes fué su autor. Aquel artista cono-

(1) *Llibre de obres*, 1496, fol. 16.

(2) Que fué Cano el autor lo afirman: SANCHIS SIVERA (*La Catedral de Valencia*, página 234) y TEODORO LLORENTE. Que fué Muñoz: ALMELA Y VIVES, F., en su obra *La Catedral de Valencia*, pág. 69.

cía al santo arzobispo. Un día fué llamado por él suplicándole pintase la imagen de Nuestra Señora en la capilla de su Colegio Mayor (1). Y su sonrisa, la sonrisa de un santo, quedó grabada en la memoria de un inmortal pintor. Sobre el guadamecil, la expresión de Tomás de Villanueva cobró vida y agilidad.

Treinta y tres retratos más pintó Juan de Juanes. De los treinta y tres obispos y arzobispos primeros de la diócesis valenciana. Y su imaginación tuvo que perfilar la silueta de los que nunca conoció (2). Su hijo, Vicente Macip, continuó la obra de Juanes. Y cinco arzobispos revivieron en el guadamecil a impulsos de su pincel (3).

Todo ello iba adornando la sala capitular. Alrededor de la pared, lisa hasta ahora y modesta, parecía llegar el influjo ornamental del período renacentista, animándola con los colores vivos de sus cuadros, que flagelaban los sentidos. Y los siglos siguieron vertiendo sobre sus muros góticos, con sonrisa de burla y conquista, el relieve en madera de *La muerte de la Virgen*, atribuído a Francisco Cetina (4), los lienzos de Ayerbe, los retratos de otros preladados de manos de Espinosa (5), Muñoz, Montesinos, los cuadros anónimos de un San Cristóbal, de una alegoría de los cuatro santos valencianos cultivando el árbol de la iglesia valentina, la pintura sobre cartón de la *Expulsión de los Moriscos*, por López, etc.

SIGLO XVII.—SILENCIO Y TRISTEZA

Siglo de decadencia. La grandeza imperial de los Carlos y Felipes está próxima a desplomarse. La opulencia y fastuosidad del siglo xvi ha quedado suplantada por la ridícula cursilería. Y no se encuentra un Herrera capaz de construir otro Escorial.

También el aula capitular se recoge en su interior. Los archivos callan su nombre como si temieran darla a conocer. Y parece que la catedral de Valencia se avergüence de su existencia. Sólo el cabildo se reúne anualmente en su recoleto seno para celebrar el capítulo pascual (6) y de cuando en cuando alfombran la sala para oír con su señoría los discursos de los que optan a los canonicatos vacantes (7).

(1) ESCRIVÁ, VICENTE: *Tomás de Villanueva*, pág. 262.

(2) SANCHIS SIVERA, JOSÉ: *La Catedral de Valencia*, pág. 510.

(3) *Llibre de Obres*, 1585-1588, fol. 53.

(4) ALMELA Y VIVES, F.: Ob. cit., clisé Arxiu Mas.

(5) FERRÁN SALVADOR, VICENTE: *El pintor Jerónimo Jacinto de Espinosa y Castro, su vida y obras*, Valencia, obra inédita.

(6) PAHONER, pág. 222.

(7) «El segundo día de Pascua por la tarde, concluydas Visperas se congregan los

El año 1441 se comenzó esta obra. El maestro Dalmau puso en ella el fuego de su ardiente arte (1) y de la piedra alabastrina, muda y sin vida, supo plasmar el relicario del Cáliz más venerado en el mundo, que ayuda al alma a elevarse en ansias de perfección. El año 1446 lo había terminado (2).

Y tres siglos después, 1777, colocábase el retablo en el aula capitular. Había llegado la triste época para la historia de España. La sangre degenerada de Carlos II no recibió nuevo vigor con el joven Felipe V. Erá francés. Y de su corte, Versalles fué el modelo. Desde la literatura a la política, desde el arte a la economía, España se sujetó en todo a las normas del floreciente país fronterizo.

La nobleza empolvó sus peluquines y tomó rapé, mientras el pueblo español, fiel a sus ideales católicos y de patria, rechazaba lo que era intromisión en sus tradiciones raciales. También los canónigos quedaron seducidos por el ansia de renovación. Y se avergonzaron al contemplar el estilo ojival de *la fachada posterior del coro*. Aquella obra les resultó bárbara por medieval y ridícula por gótica, y con gesto de desprecio la relegaron a lo que creyeron cauterio en el aula capitular. Fué el 17 de julio de 1777 cuando se reunió el cabildo en sesión extraordinaria (3) y de su deliberación salió el retablo del trascoro. Con él llegó a lo que había de ser con el tiempo capilla del Santo Cáliz un aire de mayor belleza, armonizándola y uniéndose a ella con el vínculo de la estética, hasta lograr que los que hoy la visitan no puedan imaginar que existió algún día el aula capitular sin su retablo. Sólo cuando se estudia esta sala con detención lógrase observar detrás de esta joya de alabastro tres ojivas concéntricas que quedaron cubiertas casi en su totalidad y que antes del siglo XVIII ornamentaban el aula. Y lo que creyeron los canónigos y maestros del arte valenciano de aquel siglo que no era más que «el resto del antiguo

señores Canónigos Prebendados de esta Santa Iglesia en su Aula Mayor Capitular para celebrar el Capítulo Pasqual general cada un año.» (PAHONER, pág. 222.)

«En el año 1658 previnose el Aula Capitular alfombrada toda, poniendo la silla sitial y bancos de terciopelo; sobre el bufete de la escribanía, campanilla, urna...» (PAHONER, página 207.)

(1) Además tomaron parte en dicha obra «los canteros o escultores Jaime Pérez, Juan Segrera, Miguel de Conqua, Juan de Segorbe, Fernando Gozalbo, Gaspar Ferrando, Arnaldo Bruxell...» (SANCHIS SIVERA, JOSÉ: *La Catedral de Valencia*, pág. 217.)

(2) MARTÍNEZ ALOY, JOSÉ: *Geografía general del Reino de Valencia*, t. I, págs. 773 y 774.

(3) «...determinó y deliberó que se pudiesse en ejecución la obra del diseño presentado y que el resto del *Antiguo Trascoro* se coloque a dirección de los señores comissarios en el Aula Grande Capitular para conservación de estas memorias antiguas.» (*Actas del Cabildo*, día 17 de julio de 1777, vol. 304.)

trascoro», es en el siglo xx admirado como una de las mejores obras que el cincel valenciano ha plasmado en su catedral.

Pero los doce altorrelieves que en sendos compartimientos ostentaba el retablo quedaron para ornamentar el nuevo trascoro catedralicio. Y en su lugar colocaron cuadros y pinturas que en nada realizaban el conjunto.

Entre los compartimientos había dieciséis ménsulas, en doce de las cuales aparecían las figuras de los apóstoles, obra del siglo xviii, que hoy nos es imposible contemplar.

Lo que hasta entonces fué puerta se transformó en arcosolio ojival. Y cubrieron el vano del trascoro, colocando una tabla pintada al óleo, atribuída por algunos al pintor florentino del siglo xvi Bartolomeo Baccio Bandinelli, tan amado por nuestro César Carlos. Y sobre ella fué colocado el Cristo de la Buena Muerte, que se hallaba en la capilla de su nombre. El conjunto de estas dos obras de arte resultó insuperable, mas no quedaba enmarcado con precisión y elegancia en aquel retablo, pues nunca podrá gustar el eclecticismo de arte renacentista y gótico.

LAS CADENAS DE MARSELLA

Corre el año 1423. Alfonso V de Aragón regresa del bello jardín de Nápoles, en donde gozaba su alma de artista y había colocado su corte real. Surcan el mar sus dieciocho galeras y doce naves, mientras su imaginación, sedienta de aventuras, concibe una nueva proeza. Piensa atacar la fortaleza de Marsella, que su enemigo el duque de Anjou conserva como el más defendido baluarte. Las proas de las naves españolas rasgan, por fin, las aguas en dirección a la ciudad angevina el 19 de noviembre. Detiéndose la armada en las cercanías de las islas Pomegas, para poco después empezar el ataque decisivo. Pero de una torre bien defendida sale una cadena que impide a las naves su entrada en el puerto. El rey, con sus huestes, desembarca y ataca la fortaleza. Los sitiados se defienden con heroísmo, comprendiendo que la batalla es decisiva. Pero al fin el incendio de la torre les obliga a la rendición. Mientras tanto, el capitán de una de las naves, Romeu de Corbera (1), ayudado por sus lugartenientes Jimén Pérez de Corella y Juan de Torrellas, intenta romper la cadena que les impedía su entrada en el puerto con un instrumento cortante, contrapesado por dos gruesas masas de hierro. Por fin lo consiguen, y victoriosos hacen su entrada en el puerto, terminando con su ayuda la batalla de la torre sitiada.

(1) Y no Juan de Corbera, como dicen muchos historiadores apoyados por la autoridad de Bartolomé Faccio.

El rey, con sus capitanes, reúne consejo de guerra. Se ha de decidir el momento del ataque a la ciudad. Se levanta el viejo conde Folch de Cardona, almirante de la escuadra:

—La prudencia aconseja —dice— aguardar a mañana para que las tropas, con el descanso, cobren nuevas energías...

—Perdonad, almirante —le replica Corbera—. Observad que el fuego de la victoria enardece a los soldados. ¿Por qué apagarlo con ese aplazamiento? ¿No veis que la ciudad está fortificando sus murallas y sería peligroso darles tiempo para que preparen su defensa?...

Pocos minutos después el clarín llamaba a los guerreros a formar el ejército. Y el rey les habló con arenga filial:

—Lucharemos como cristianos. El botín nos corresponderá como derecho en la victoria que vamos a obtener. Pero que nadie mancille la nobleza que el soldado español siempre ha conservado. Yo sólo quiero para mí el cuerpo de San Luis, que esa ciudad conserva. Quien lo encontrare obtendrá una buena recompensa (1).

Y el clarín vuelve a sonar animando al combate. Los marseleses se defienden con valentía; mas pronto al asalto de los españoles sigue el saqueo. Dos soldados encuentran el cuerpo de San Luis en una casa particular; junto al botín es llevado a las naves del rey aragonés. Y poco después elévanse las velas sobre el azul del mar. La escuadra aragonesa sale victoriosa del puerto de Marsella con vanidoso balanceo.

Sin embargo, el tinte grisáceo de las nubes presagiaba la tormenta, que no tardó en llegar. Las olas jugueteaban con las embarcaciones, azotándolas en castigo de su complacencia en el orgullo. Los soldados se agrupaban alrededor del rey, suplicándole volviese los restos de San Luis a Marsella. Y Alfonso, carácter decidido, replicó con energía:

—O yo tengo de perderme con el cuerpo de San Luis o le tengo de llevar conmigo a puerto de salvación para ponerle en otra ciudad más famosa y favorecida por Dios (2).

El día 9 de diciembre llegaba al puerto de Barcelona la escuadra aragonesa. De allí, el rey, con los restos tan famosos del santo hijo de Doña Blanca de Castilla, se dirigió por tierra hacia Valencia, adonde no pudo entrar hasta el 3 de marzo de 1424, detenido en el monasterio de San Bernardo desde el 30 de enero por las lluvias torrenciales (3). Y el rey hizo entrega al cabildo de

(1) BECCADELLI PANORMITA, ANTONIO: *Dei detti e fatti del re Alfonso*, Pisa, 1485.

(2) LLORENTE, TEODORO: *España: sus monumentos y artes*. Valencia.

(3) Esto afirma GASPAS ESCOLANO en su obra *Décadas de la Historia de Valencia*, t. III, páginas 428, 429 y 430, en contraposición a lo que el cuadrilo que se hallaba en el aula capitular refería. Sin embargo, parece creíble lo que ESCOLANO afirma, ya que para su

Valencia de las cadenas del puerto de Marsella, que rodearon el altar mayor de la catedral.

Sonrojábanse los canónigos del siglo XVIII cada vez que sus ojos se posaban sobre tales cadenas. No consonaba aquel orín que las envolvía con su traje verdaderamente cardenalicio que el papa Alejandro VII les concedió (1) y que usaron hasta 1896. Temían tal vez que manchase la cola de su capa o el capirote morado. Y acordó el cabildo, el 28 de mayo de 1779, relegar aquel acuerdo histórico a la sala capitular. Cincuenta y nueve eslabones de aquella cadena colocáronse enfrente del púlpito, mientras los setenta restantes, junto con las bolas de hierro, se hallaban en la pared de la puerta principal, en la cual un cuadrito contaba la historia que acabamos de referir.

SIGLO XIX.—NUEVA AULA CAPITULAR

El año 1827 la sala gótica, de bóveda estrellada y retablo alabastrino, dejaba de ser aula capitular. El arquitecto Joaquín Tomás y Sanz había terminado la nueva y allí se reunió el cabildo desde aquel año. Era la preparación tranquila y sosegada para recoger la sala antigua la joya excelsa de la cristiandad. Un siglo después quedaba iluminada por antorchas de fieles que elevaban al cielo una oración sencilla, suplicando el favor para Valencia, a fin de que se conservase en aquella ciudad el Cáliz Santo que usó el Señor y que por su intercesión y amor se salvase del gran peligro ateísta que invadía a España.

URNAS SEPULCRALES

Hoy hemos ido a la catedral. Sabíamos que en ella se encontraba el gran Mecenas del siglo XVI y ansiábamos contemplar su sepulcro renacentista. Se halla en la capilla de la Sma. Trinidad. El arzobispo Martín Pérez de Ayala fué para el Renacimiento lo que Vidal de Blanes para el gótico. Y al morir, año 1566, su sepulcro guardó el cuerpo del prelado en la que fué adjunta a la catedral parroquia de San Pedro. Un día el cabildo pensó trasladarlo (2). Y nos amarga el recordar que desde 1899 la severidad de la capilla tuviese que contener enfrente del púlpito, rompiendo la armonía de su estética, la

demostración aduce documentos de gran importancia, como los *Anales de Aragón*, por Zurita, libro 13, cap. 22.

(1) VILLANUEVA, JOAQUÍN: Ob. cit.

(2) «Asimismo se le facultó al archivero —señor Chabás— para que previas las licencias necesarias, proceda la traslación a la Antigua Aula Capitular del sepulcro del excelentísimo Sr. Ayala y de los dos pequeños instalados al presente en el coro; con tal que esta operación no exceda de la cantidad presupuestada.» (*Deliberaciones del Cabildo*, año 1899, fol. 82, acta del 17 de agosto.)

urna sepulcral de tan marcado estilo renacentista. Creemos oír el suspiro de satisfacción que se arrancó de los nervudos trazos de la estrellada bóveda al conocer en 1941 el acuerdo de traslación del sepulcro al exterior del aula.

Juntamente con el sepulcro de Ayala fueron trasladados a la sala capitular dos arquetas gemelas que habían estado en el coro. Y a uno y otro lado del retablo, y en distinta pared, aparecieron sostenidos por canecillos. Sin embargo, su historia era muy diversa. A la derecha del retablo se encontraba la más antigua. Era de piedra, magistralmente labrada a fines del siglo XIV. Pero hoy los restos del personaje que contenía quedan envueltos por la nube del misterio. Sólo se pudo conocer su noble alcurnia por el escudo heráldico que la arquilla ostentaba...

La urna de la izquierda imitaba con perfección a la anterior. Era de yeso. Y contuvo los restos del rey de Mallorca. El año 1376 moría en Soria Jaime III. De allí llegó a la catedral de Valencia su cuerpo, en cuyo coro recibió digna sepultura hasta el 1899. Después, a la antigua aula capitular. Mas un día la capital de Mallorca reclamó el cuerpo del que fué su monarca. Y una nave, el 17 de marzo de 1905 (1) llevó sus restos a Palma; el pueblo le aclamaba, mientras el ejército le tributaba honores reales, conduciéndole a su histórica catedral para que reposase en ella el que tantos sinsabores sufrió.

Y la urna cineraria del aula capitular quedó vacía, con nostalgias de triunfos y glorias.

EL SANTO CÁLIZ

Muchas son las obras que tratan sobre esta reliquia. La literatura valenciana, unida a la historia, ha querido lanzar sus más bellos himnos hacia el Cáliz que el Señor ha regalado a esta tierra tan devota de su Madre San-

(1) «El cañonero *Vicente Yáñez Pinzón* fué el barco de guerra encargado de llevar los restos reales, que el día anterior y en cumplimiento del Real Decreto de 2 de diciembre del año 1904, se habían exhumado en presencia del almirante Balseiro, en representación del rey Don Alfonso XIII, como así también de las autoridades todas de Valencia y representaciones de las corporaciones de Mallorca y sus islas. En el momento de subir la urna que contenía los restos reales al cañonero fué izado el pendón morado de Castilla a media asta, al igual que la enseña nacional. Al salir del puerto de Valencia, los barcos anclados hicieron sonar sus sirenas mientras las baterías disparaban las salvas de ordenanza.

»La llegada al puerto de Mallorca fué imponente; esperaban allí fuerzas de la guarnición para rendir honores militares, y el conde de España ostentaba la representación del rey. El féretro fué depositado en la Lonja, convertida en capilla ardiente, y desde allí se dirigió a la catedral, donde se celebró un solemne pontifical de Requiem, en el que ofició el prelado de la diócesis.

»Poco después de celebrados los actos se verificó el de colocar la urna con los restos en la capilla de la Trinidad, de la catedral, junto a los del rey Jaime II, quedando con esto cumplidos de modo satisfactorio los deseos del pueblo de Mallorca.» (*Almanaque de «Las Provincias»*, pág. 141, 1906.)

tísima. Pero podemos asegurar sin temor a ser desmentidos que ninguna de ellas contiene un dato tan importante por sí como es para nosotros éste: la fecha del traslado del Santo Cáliz a la antigua aulá capitular. Mas antes de fijar este dato, que con tanto esfuerzo hemos conseguido, permítasenos citemos brevemente la historia del Santo Grial.

Al subir a los cielos la Señora repartieronse los apóstoles recuerdos de Jesús. Y Pedro, cabeza visible de la Iglesia, se llevó a Roma el Cáliz del Señor. Con él celebraba la Santa Misa con más fervor y arrepentimiento, recordando aquella noche en la que fué traidor. Y sus sucesores siguieron imitando aquella costumbre, repleta de amor a Cristo Jesús.

Subió al solio pontificio Sixto II el año 207. El emperador Valeriano publicó el mismo año edicto contra los cristianos. Y el Papa temió una confiscación de los bienes de la Iglesia. Llamó al diácono Lorenzo para que las repartiase entre los pobres. Y con lágrimas de emoción le entregó también el Cáliz de la Cena; quería salvarlo y en Roma peligraba. Y España se estremejó cuando el Santo Grial pisó su suelo. El año 258 llegaba a Huesca, patria de San Lorenzo.

Cinco siglos lo conservó la ciudad. Pero el año 713 su obispo Adalberto huyó ante el peligro musulmán. Y con él llegó a la espesura del monte Pano, monasterio de San Juan de la Peña, el Cáliz del Señor.

Seis siglos de amoroso abrazo con los religiosos de las montañas de Jaca. Hasta que la súplica real de Martín el Humano lo transporta a la Aljafería zaragozana en 1399.

Veinticinco años más y Valencia se vestiría de sus mejores galas para recibir a su rey y señor. Alfonso V llegaba de Zaragoza con las reliquias de la Aljafería. Y entre ellas el Cáliz de la última Cena entró triunfante en la ciudad del Cid hacia el año 1424, ocultándose en la capilla real. El 18 de marzo de 1437 la catedral de Valencia, concha nacarada, recibía complacida el Santo Grial, joya la más preciada de la cristiandad.

Pero temía tal vez el cabildo los effuvios amorosos de los valencianos, y sólo en contadas ocasiones lo exponía a la devoción popular. En 1606 se promovió la fiesta del Santo Cáliz para celebrarla anualmente el 14 de septiembre. Y se usó también para la fiesta de Jueves Santo hasta 1744. Tan preciosa alhaja se guardaba en la capilla destinada a las reliquias como una más.

Llegó por fin el siglo xx. Siglo de grande incredulidad, pero con cristianos firmes y de gran carácter. Y ellos pensaron que a Valencia podía salvarla la devoción del Santo Cáliz, que la Providencia le había ofrecido. Mas para ello era necesario darlo a conocer al pueblo. El canónigo Sanchis Sivera escribía el año 1915: «Hoy no se venera cual merece esta joya, que es, en

nuestro sentir, el don más singular que posee Valencia en el orden religioso. Para guardar el Santo Cáliz se debiera construir una espléndida basílica. Ya que no se haga esto, no sería mucho pedir que se colocara en el aula capitular antigua y que allí recibiera culto más continuo. El día que se realizase tan buen deseo, los hijos de Valencia, los que visitan sus monumentos y jardines, podrían contemplar a su placer el Santo Cáliz del Señor. Y las almas de nuestros antepasados, que con tanta devoción lo veneraron, nos enviarán sus bendiciones de gratitud, que caerán sobre nuestros corazones con mayor suavidad que caen los rayos de sol sobre las losas de la sala capitular después de acariciar y colorear los vidrios de sus afiligranados rosetones.» (1).

Faltaba el hombre capaz de plasmar en realidad tal deseo. Y éste fué el excelentísimo deán don José María Navarro Darás, que ofreció sus energías en aras del amor al Santo Cáliz. Así nos lo confirma el periódico *La Voz de Valencia* del día 7 de abril de 1925 al anunciarnos su muerte: «Venido a Valencia —dice— en 1912, aunque achacoso y débil, mostró su celo y actividad en promover el culto y devoción a la inestimable reliquia del Santo Cáliz, y a su iniciativa se debe el traslado de la misma a la sala capitular y la fundación de la Hermandad de los Caballeros del Santo Cáliz.»

Por fin llegó el día que Valencia esperaba, con el alma ansiosa, de contemplar a su sabor el Santo Cáliz de la última Cena. Era el día 6 de enero de 1916. Las campanas del Miguelete llenaban la huerta valenciana de la alegría que el tiempo huracanado no podía dar. Y sin embargo, una calma inmensa invadía la catedral. El excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo, doctor don Valeriano Menéndez Conde y Alvarez, con manos trémulas, extrajo de entre las reliquias la joya excelsa. Y la trasladó al altar mayor. Incienso, músicas, canto...; y el prelado, oro en sus ornamentos, amor en su corazón, elevaba al cielo la Hostia consagrada y la Sangre divina que el primer Jueves Santo contuvo aquel Cáliz. Después llegó la tarde de epifanía, tarde de sol invernal. Y la iglesia metropolitana se transformó en bosque de cruces parroquiales. Procesión con el Santo Grial... Al terminarse ya no quedará innominada la antigua aula capitular; tendrá un nombre: Capilla del Santo Cáliz. Y allí, en el altar, nimbada por dorados rayos, aparecerá en saliente sostén, como si quisiera entregarse en los brazos de la cristiandad, la joya que un día llegó a España huyendo de la persecución del César (2).

(1) «El Santo Cáliz de la Cena», en *Rosas y Espinas*, abril de 1915.

(2) «Cabildo prima mensis celebrado el día 3 de enero de 1916... Se acordó que el día de la Epifanía para la conventual se saque el Santo Cáliz del relicario y se coloque en el altar, que el sermón sea alusivo a la sagrada reliquia, que permanezca en el altar todo el día, y a la tarde, después del oficio, en solemne procesión claustral, a la que se convocará

Y el Cristo de la Buena Muerte, con la tabla de Baccio Bandinelli, se refugió en una de las capillas de la girola, adonde ha de ir hoy el que desee contemplar la obra atribuída a Alonso Cano o el que ansía postrarse ante la imagen veneranda.

El año 1918 la nobleza valenciana, repleta de amor al Santo Cáliz, se reúne para formar una Hermandad, una guardia de honor: nuevos cruzados bajo el estandarte más augusto de la tierra. Y el 1.º de febrero aprueba el cabildo sus Constituciones (1), para ratificarlas el 19 del mismo mes, lleno de júbilo al pensar que las minorías selectas valentinas vinculaban sus anhelos de devoción con el Cáliz Santo (2). Y la bendición del entonces arzobispo de Valencia, eminentísimo cardenal Hererro y Espinosa, cae sobre estos nobles con ansias de recristianización para su diócesis.

LA TEMPESTAD Y EL TRIUNFO

La enferma España necesitaba una intervención quirúrgica para salvarse. Y fué dolorosa, por cierto. Los gérmenes nocivos no querían rendirse y aprovecharon sus últimas energías, las más violentas, para vencer a España. Por fin, nuestra patria alcanzó su salvación.

* * *

Es el 21 de julio de 1936. A las diez de la mañana, las turbas pasaban por la puerta de la catedral valenciana mientras Cristo, en manos sacerdotales, se elevaba en la capilla de la Santísima Trinidad como si suplicase la paz que faltaba. Pocos minutos después el Santo Cáliz salía de la catedral en brazos de una mujer. Fué la desesperada y salvadora decisión del ilustrísimo señor don Elías Olmos. Tres horas más y también se hubiera perdido, como se perdieron tantos objetos de valor. Las turbas invadieron la catedral y entraron en la capilla del Santo Cáliz. ¡Pobres hermanos! Era palabra vana para ellos la estética y el arte; su espíritu nada cultivado, sólo pensaba en incendios y ruinas. Hasta la bóveda estrellada llegó el humo del sagrario, confesionarios y bancos quemados, y pareció que al ennegrecerse miraba a

a las parroquias y se invitará a las autoridades, con cantos de himnos y salmos sea llevado y colocado en su nuevo altar del aula antigua. Oficiará por la mañana y tarde el reverendísimo Sr. Arzobispo.» (*Deliberaciones y acuerdos capitulares*, t. 113, fol. 1.)

El *Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia* nos relata la fiesta celebrada, en su número 1.746, época II, 17 de enero de 1916, bajo el título de «Noticias».

(1) *Deliberaciones y acuerdos capitulares*, t. 113, fol. 98.

(2) *Idem*, *id.*, *id.*, fol. 99

los intrusos con gesto de dolor (1). Después... silencio sepulcral y soledad espantosa.

Tres años de sangre en los campos de batalla. Y al envainar las espadas el aula antigua capitular aparece otra vez a los ojos de los buenos. Desorden, confusión... El sepulcro de Ayala, con la tapa de mármol rota; los restos del arzobispo, desparramados; los bancos, corroídos por el fuego. Sin embargo, el retablo se conservó intacto y a él volvió, el 9 de julio de 1939, aunque por poco tiempo, el Santo Cáliz, milagrosamente salvado, después de la fiesta que la catedral dedica a tan preciada reliquia (2).

Pero la capilla necesitaba reparación. Y a esta tarea se dieron con toda el alma los buenos valencianos. En 1941, el maestro de obras Francisco Cones trasladaba el sepulcro de Ayala, después de haber recogido cuidadosamente los huesos, a la capilla de la Santísima Trinidad.

También sintió gozo el retablo al contemplarse el mismo año (1941) hermo-seado por los altorrelieves de los que se separó el año 1777. Pensó el cabildo el año 1941 trasladar el coro adonde actualmente está. Y los már-moles de que estaba adornado sirvieron para el baldaquino del altar mayor, mientras los altos relieves se unían a lo que desde el principio fué su insu-perable marco: el retablo de la antigua aula capitular. «Los colocamos en el mismo orden en que estaban en el siglo XVIII —nos dice el señor Cones—. Medimos las dimensiones de los compartimientos y vimos que ajustaban con toda perfección.»

La historia de estos altorrelieves se remonta al siglo XV. Aunque su estilo ofrece cierto sabor renacentista, no por ello podemos decir que su construcción sea posterior a este siglo. Seguramente fueron hechos estos cuadros alabastrinos por Julián de Florencia (*Juliá lo florentí*), discípulo de Ghiberto, ya que en ellos se revela el estilo de este genial escultor italiano. Nos lo confirma el Libro de Obras de la catedral (3), que dice así: «Item a V de juliol fu serrar les portes de la botiga del alberch de la pavordia on obra *lo florentí* de la pedra del alabast per que yagues majór claror...»; lo cual nos hace ver que *Florentí* trabajaba aparte en un taller en la talla de piedra de alabastro. Pero aunque el contrato del trasero de la catedral estaba hecho con Jaime Esteve, según consta en el protocolo de Luis Ferrer, vol. 3.677, fecha 21 de julio de 1415, en donde están las capitulaciones entre el cabildo y dicho señor, no repugna que éste mandase a *Florentí* tal obra. Además, en el Libro de Obras de la catedral consta que se pagó en

(1) *Historia de la Cruzada Española*, vol. 5, t. XXIII, pág. 491.

(2) OLMOS CANALDA, ELÍAS. *Cómo fué salvado el Santo Cáliz*.

(3) *Llibre de Obres*, 1418, fol. 17.

algunas ocasiones a Julián de Florencia (1) y otras confirmaciones parecidas hasta el año 1424, lo cual nos permite afirmar que el tiempo en que estos altorrelieves se construyeron oscila entre el 1415 y el 1424, siendo muy posible que necesitase el artista todo este espacio de tiempo para realizar su obra.

El año 1942 el señor Cones descubría en el vano ojival del retablo un hueco que hasta entonces había permanecido oculto e ignorado. Lo puso en conocimiento del ilustrísimo señor don Guillermo Hijarrubia, quien le recomendó trabajase con el máximo cuidado, apareciendo la oquedad, en la que se encontraban dos armarios, con bóveda de cañón y dos ventanucos de tipo mudéjar, aprovechándose todo ello por el arquitecto don Vicente Traver para allí colocar el relicario que había de contener el Santo Cáliz. La obra escultórica estuvo a cargo de don José Doménech, quien con primorosa maestría terminó la obra, junto con el altar que hay en la capilla, a principios del año 1943.

La obra de reparación estaba terminada. Y la antigua aula capitular, engalanada con sus artísticos y severos trazos, recibía complacida la joya más excelsa del orbe el día 23 de mayo de 1943 (2).

(1) «Item doni al desus dit en Jacme Esteve setanta florins los quals pres Juliá lo florentí per dues peses que avia obrades», fol. 16.

(2) *La traslación del Santo Cáliz*. La solemnidad que ocasión tan excepcional exigía se consiguió plenamente, gracias a la devoción que nuestro amadísimo prelado ha profesado siempre a la sagrada e insigne reliquia.

En el solemne pontifical fué asistido por el ilustrísimo señor don Pedro Tomás y Montañana como presbítero; como diáconos de honor, por los muy ilustres señores doctor don Joaquín Padilla, dignidad de tesorero, y doctor don Elías Olmos, canónigo archivero, y como diáconos de oficio, por los muy ilustres canónigos don Antonio Rodilla y don Bernardo Asensi. Dirigió el ceremonial el canónigo-prefecto de Sagradas Rúbricas, doctor Hijarrubia, asistido por el beneficiado, maestro de ceremonias, don Vicente Moreno.

A cada lado del altar ocuparon sus puestos de honor el excelentísimo y reverendísimo doctor don Javier Lauzurica y Torralba, administrador apostólico de Vitoria, y el excelentísimo y reverendísimo padre Joaquín Oláiz de Pamplona, capuchino, vicario apostólico dimisionario de la isla de Guam y obispo titular de Docimea. Asistidos, respectivamente, por los señores canónigos Miñana y López Ruyales y doctores Calatayud y Ramón.

Al Evangelio subió al púlpito el antiguo obispo auxiliar de Valencia, doctor Lauzurica, que con palabra apostólica ensalzó la misericordia del Señor para con Valencia al hacerle depositaria del Santo Cáliz, raíz de las devociones que caracterizan la piedad de esta diócesis.

Terminada la misa y el solemne Tedéum, las campanas del Miguelete anunciaron la salida de la procesión, que por la puerta de la Almoyna se dirigió a la plaza de la Virgen, donde toda Valencia esperaba la bendición del Santo Cáliz que iba a impartir el señor Arzobispo desde el estrado, en el que un precioso retablo de flor natural daba fondo al acto inolvidable que se desarrolló en aquel momento glorioso.

El barón de Cárcer, nuestro dignísimo alcalde, subió, emocionado, hasta el pie del altar y habló en nombre de Valencia, manifestando todo el orgullo que siente la ciudad por la posesión de la reliquia sacratísima y dando gracias a la Divina Providencia por esta dignación y pidiendo para nuestra patria el alejamiento de la guerra y la paz del cielo. (*Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia*, 1.º de junio de 1943, año XLVIII.)